

1089

Horizontes

de la Cultura

18/3/62

ARTE Y TRABAJO COLECTIVO

por **DIEGO MIRAN**

El individualismo literario, como todos los individualismos, produjo una clase de literatura y también una clase de lectores. La exarcebación del solipsismo en la creación artística condujo a los autores a una suerte de esotería que terminó por reducir la producción exclusiva dominio de los iniciados. Baste pensar en las ediciones limitadas, a veces de unas decenas de ejemplares, para tener noción cabal de hasta qué punto las letras llegaron a ser, especialmente en el período de entreguerra, un campo de realización y consumo cerrado para las grandes audiencias. Claro que la experimentación llamada vanguardista exigió una primera etapa de círculo en el intercambio artístico, pero la prueba de fuego de los "ismos" se cumplió cuando las obras requirieron la apreciación de más amplios sectores de la opinión estética. Pero nos referimos aquí, más que a esta necesaria elaboración de laboratorio personal, a las tendencias que voluntariamente decidieron que el escritor —y así el plástico y el músico— ejercieran su oficio únicamente para un público selecto.

En verdad, si bien la obra de arte es tarea de una persona, manifestación de un mundo interior, ella no puede prescindir de ese otro mundo, más o menos amplio, que es la sociedad en la que el creador está inscrito. Aún los grandes individualistas (Montaigne, por ejemplo), retirados en su torre, dirigen su palabra a alguien, y ese alguien no puede ser solamente el que está en poder de una clave secreta o el que por su cultura tiene recursos especiales para elucidar enigmas, entrelíneas, medias palabras, abstracciones. Tan es así, que los pintores no-figurativos rechazan, cuando se les reprocha el hecho de encerrar en sus telas una cifra o mensaje, el achaque de exclusivos, y a ello oponen la muy vaga argumentación de que en los cuadros que no representan la realidad o sus símbolos no hay otra cosa que pintura. Es decir, pura realización plástica. Nadie quiere hoy ser artista para sí mismo.

De que la era de ese blindado individualismo está pasando es prueba la prosperidad del trabajo intelectual en equipo. En nuestro continente, a la manera de modelos propuestos en Europa, comienzan a tener auge los seminarios de escritores, y no para debatir corrientes, doctrinas, posiciones, sino para actuar sobre el libro en proceso de creación y redacción con una crítica que en cierto modo equivalga a la de la masa de lectores. La Universidad de Concepción, en Chile, una de las que más importancia —si no la única— está dando en nuestra América a la literatura, ha propiciado ya dos "Talleres de Escritores", cuyo "modus operandi" es simple y revolucionario dentro de los hábitos de poetas, novelistas, dramaturgos y ensayistas latinoamericanos. Mediante becas que se otorgan a un número de escritores, la Universidad auspicia los libros que se crean durante un lapso predeterminado. Una vez por semana, los becados, los trabajadores del "Taller de Escritores", se reúnen, dentro de un orden elaborado con anticipación, para leerse y criticarse lo que se hallan escribiendo. Al concluir el plazo, los miembros de este seminario deberán haber concluido su labor. Así se produce una interrelación, una interacción, de gentes de diversas edad, clase, ideología y temperamento, que resulta altamente provechosa para todos y cada uno de los que integran el "Taller". No se escribe colectivamente, pero sí, lo que es más importante, se contribuye colectivamente al logro de varias creaciones y se pone en ellas algo que, a la postre, proviene de la comunidad nacional.

En el campo del teatro, el conjunto "Fray Mocho" de Buenos Aires mantie-

(Pasa a la página M)

Horizontes de...

(Viene de la página 4)

ne un "Seminario de Autores" (que se completa con la palabra de actores y directores), que ha dado frutos muy valiosos para la escena argentina. El mismo sistema se está aplicando actualmente en México y Cuba. El género dramático es, sin duda, mucho más propicio que cualquier otro para este tipo de quehacer común de los escritores, pues no puede dejar de considerar en sí el efecto social que comedia y tragedia requieren como teatro propiamente dicho.

El individualismo, tal como se entendió en la etapa "purista", del arte por el arte y para los artistas, está en crisis. Se anuncia una era en que los intelectuales se sientan parte de un grupo humano dado —más vasto cuanto más intenso es su espíritu humanista— y a él soliciten una contribución viva y trascendente.

Pop. [14]